

EL MOTÍN



Año XXXIV.-Madrid, Jueves, 10 Septiembre 1914.-Número 37.

SUCURSAL:
RIVADAVIA, 698
BUENOS AIRES

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

El acto de Lerroux

Lerroux fué á París y confirmó las declaraciones hechas en España, de que es partidario de que rompamos la neutralidad y apoyemos á Francia é Inglaterra. El gobierno francés ha hecho que se expongan al público sus declaraciones en todas las alcaldías.

Lo dicho por Lerroux es lo siguiente, según *La Petite Gironde*, de Burdeos:

«M. Lerroux, diputado á Cortes «por Barcelona», jefe del partido republicano radical español, se halla actualmente en París. La opinión de M. Lerroux es que España no puede mantenerse en una neutralidad cobarde, que no corresponde ni á sus sentimientos ni á sus intereses.

«Todo nos empuja á colocarnos al lado de Francia. Somos de igual raza, la misma sangre corre por nuestras venas y tenemos idéntica mentalidad. Francia y sus aliados combaten por el triunfo del derecho, la libertad, la razón y el progreso contra la barbarie. Se ha dicho que hay algunos que expresan en España sentimientos muy germanófilos. No lo niego. Hay jaimistas; pero están en ínfima minoría. La casi totalidad del pueblo español tiene los sentimientos del conde de Romanones, el antiguo presidente del Consejo y jefe del partido liberal español, expresados recientemente en un artículo del *Diario Universal*, y también en los que yo mismo he expresado en *El Mundo* y en *El Imparcial*.

Y, aparte sentimentalismos, está en el interés de España poner todas sus fuerzas militares en ayuda de sus aliadas, pues si Francia é Inglaterra fuesen vencidas tendríamos que contar con Alemania. El canciller alemán ha demostrado por sus declaraciones al embajador de Inglaterra en Berlín que no inspiran confianza las promesas germánicas.

Alemania, como todos saben, desea una base naval en el Mediterráneo. Es indudable que si los aliados fueran vencidos no seríamos dueños los españoles mucho tiempo de las Baleares y acaso de las Canarias. Puede que también Alemania exigiese algún Gibraltar en las costas españolas.

El rey.—lo sé—desea que el Gobierno abandone la neutralidad para intervenir en la contienda á favor de los aliados. Desearía ponerse al frente de dos ó tres Cuerpos de Ejército para ayudar á los franceses y á los ingleses contra las hordas bárbaras.

Su vuelta victoriosa, más tarde, á la cabeza de las tropas, pues tenemos confianza absoluta en la victoria de los aliados, haría á D. Alfonso más popular y retardaría la realización de nuestros ideales republicanos; pero la grandeza de España... ante todo».

(De *La Petite Gironde*, de Burdeos.)

Son tan graves las declaraciones esas, sobre todo en lo que respecta á la afirmación de que Lerroux sabe lo que piensa el rey, que necesito para comentarlas tener la certeza de que *La Petite Gironde* no se ha equivocado al estamparlas.

Aguardo, pues, á que Lerroux las confirme ó las rectifique en cualquier forma, para entonces juzgarlas.

¡Es tarde ya!

Cada cual es dueño de opinar en el punto de la neutralidad lo que quiera, y aun tiene el deber de hacer público su pensamiento, si alcanza elevado puesto. A lo que nadie tiene derecho, siendo la opinión española contraria á la guerra en su mayoría, es á ir á despertar en el extranjero esperanzas que, al no verse satisfechas, pudieran mañana dar pretexto á resentimientos ó enjendrar odios que buscaran represalias.

Por otra parte, no creo que este-

mos ningún republicano autorizado para espolear los sentimientos belicosos de los españoles, no habiéndolo hecho ni en 1899 cuando la pérdida de las Colonias, ni en 1909 cuando los sucesos de Barcelona; y habiendo además gritado á pleno pulmón que ni guerra ni escuadra.

Nosotros, ó nada representamos en política, ó somos los llamados á garantizar la vida de España procurando, al amparo de la paz, el desarrollo de su fuerza económica. Concentración, no expansión. Esto venimos diciendo desde que comenzó la guerra de Marruecos.

Que de romperse la neutralidad debe ser á favor de Francia é Inglaterra, esto, exceptuando los clericales, nadie lo discute: el amor á la democracia nos lo dice, el sentimiento de humanidad nos lo impone, y hasta el instinto de conservación nos lo ordena. Pero de esto, á que la rompamos sin vernos absolutamente obligados, ya por presiones inesperadas é irrechazables de un lado, ya por ataques improbables del otro, hay una distancia inmensa.

Indudablemente lo gallardo, lo justo, lo humano, hubiera sido protestar de la conducta de los austriacos en el momento mismo de declarar la guerra á Servia, y contra los alemanes al pisar el suelo de Bélgica. Toda violación de derecho y todo ataque del fuerte al débil debe producir indignación, lo mismo en el individuo que en la colectividad. Y haber protestado, sin pesar ni medir las consecuencias. Esto hubiera hecho Don Quijote.

Pero no lo hicimos, porque Sancho se opuso al arranque gallardo; porque pensamos en nosotros antes que en los atropellados; porque nos detuvo el convencimiento de nuestra impotencia; y ahora es preciso ya continuar prudentes, guardándonos de acometer voluntariamente empresas que no dependa de nuestra voluntad y de nuestros propios medios terminarlas.

Y acaso nadie mejor que nosotros, los republicanos, podemos, sin contradecirnos, ponernos á ese diapasón de prudencia; tan acostumbrados estamos á usarla.

De seguro que no aman los serbios su independencia, ni los belgas su honor, ni los ingleses su poderío marítimo, ni los franceses su hegemonía intelectual, tanto como nosotros amamos la República. Y, sin

embargo, llevamos cuarenta años soportando casi resignadamente la Monarquía, por aconsejarnos la prudencia permanecer inactivos hasta que estemos preparados, y por repetirnos frecuentemente nuestros jefes que las revoluciones no se hacen cuando se quiere, si no cuando se puede.

¿Y vamos ahora nosotros, los que venimos hace tanto tiempo pensando y obrando así, á ser los que impulsemos á España á romper la neutralidad, no estando preparada para ello?

Sería apuntar una contradicción más, y ésta de graves consecuencias para la patria, en el libro de cargos que la Historia nos tiene abierto.

No nos faltaría más, para que la opinión se desviara completamente de nosotros, que contribuir á que España tomase ahora parte en una guerra que no quiere, y, por tanto, no quiere; guerra en que arriesgaría mucho, sin la esperanza de ganar nada; guerra á la que ni el honor ofendido nos llama, ni el ataque inesperado nos obliga, ni el compromiso adquirido nos arrastra.

Si; no nos faltaría ya más para poner este cartelito en el edificio republicano:

Cerrado por defunción.

Serenidad de juicio

Claro está que la neutralidad no rige para el crimen. Al reprobarlo en los alemanes, nos hacemos tan germanófilos como los Códigos militares de Alemania que, prohíben el crimen y mandan castigarlo. Así lo entienden sus tribunales.

En la divulgación de las noticias de crímenes, no se debe ver un acto de parcialidad en pro ni en contra de los beligerantes. No son hechos de guerra, sino de justicia. No son contra ésta ó aquella nación, sino contra la conciencia humana universal.

Su divulgación sirve de castigo al que los comete y de prevención contra el que pudiera cometerlos. Al calificar los hechos de esta índole de Alemania en los países secuestrados, se apercebe á sus contrarios á igual castigo si ellos lo cometiesen.

La campaña de divulgación tendrá una eficacia segura: la de interesar á los soberanos respectivos á tomar medidas que eviten tales hechos y á castigar á los culpables.

Es la grata nueva que esperamos recibir de un momento á otro de las Embajadas, concebida en estos términos:

«Las autoridades competentes han abierto información acerca de los abusos denunciados, para imponer

el correctivo señalado por las leyes militares.»

El Estado que así proceda se acredita á sí mismo, dignifica á sus ejércitos y se salva de la responsabilidad que puedan contraer algunos de sus súbditos.

Ni las leyes militares ni el gobierno son neutrales en este punto. Censurar los abusos, es ir de acuerdo con el Estado que los prohíbe.

Desde la cumbre

El avance de Alemania

Alemania avanza. Avanza rápidamente.

Avanza por muchas partes. ¿Hacia dónde?...

El misterio...

Avanza con la admiración de unos.

He aquí el canto épico que le dedica un diario clerical español:

«Admiración profunda produce en todos el valor heroico de los alemanes, que con su gran emperador á la cabeza aceptan la guerra de todos contra ellos, y van á la guerra, no solamente serenos, tranquilos y valientes, sino lo que es más admirable, con la convicción íntima de victoria segura, no exenta de sacrificios dolorosos, pero victoria al fin, que nadie en el mundo puede disputarles. Basta y sobra esto para que el Universo mundo, hasta sus más fieros enemigos, se asombren de la grandeza de Guillermo II y de sus pueblos. Para que llegue al pináculo esta grandeza, prescindiendo del resultado final y definitivo de la lucha gigante, no falta más que se confirme el ofrecimiento que los socialistas alemanes han hecho á su gran emperador de los millones contenidos en sus cajas de resistencia.

«¿Qué miserables y pequeños aparecen ante este inusitado espectáculo otros socialistas de todos conocidos, que niegan el hecho por no caber en sus cerebros abnegación parecida!»

¡Valor heroico... Gran emperador... Universo mundo... Pináculo de grandeza!...

¡Qué miserable y pequeño parece ante esto el Nazareno aquel vestido de loco á quien Herodes lanzaba cuchufletas...

—¡Ecce homo! —decía de él Pilatos.

—¡Ahí tenéis á vuestro rey de judíos!

¡Despreciadle... hecho la hez del pueblo!... ¡Insultadle, clericales, á ese Loco-Dios y gritad al paso del Kaiser envuelto en nubes de pólvora!

—¡Ave César!

¡Clericales! decid: ¿Cuál es vuestro hombre?

LA VIRGEN AMETBALLADORA

Es la Virgen más graciosa que ha imaginado la imaginación de la imaginaria católica.

La noticia la da *El Liberal*; el lector la verá en otra parte.

El día que entre á milagrear esta Virgen, va á dejar una duda en el campo de la fe.

La duda es esta:

¿Será de esta escuela la Virgen aquella de Covadonga que disparaba flechas á los sarracenos?

NEUTROS, SÍ; NEOS, NO

El presidente del Consejo, en el celebrado el día 3, dijo al Rey, según comunicó á la prensa.

«He lamentado también la situación en que se ha colocado la Prensa, tanto de la derecha como de la izquierda, dirigiendo censuras á unos y otros beligerantes, y que no corresponde á la neutralidad del país.

«Esta actitud puede ser un verdadero peligro para el Gobierno, ó servir de motivo para alguna reclamación. Sin embargo, yo tengo confianza en el patriotismo, nunca desmentido, de la Prensa española, que no nos pondrá, en este sentido, ante verdaderas dificultades.

«Si esa actitud continuase y llegara á ser molesta para naciones ó soberanos, el Gobierno, aun sintiéndolo mucho, tendría que recurrir á llamar la atención de los tribunales de justicia, para que éstos impusieran un correctivo á tales extralimitaciones.»

Esto no reza con EL MOTIN.

Aquí no censuramos los actos de guerra entre beligerantes. Censuramos los crímenes contra la Humanidad.

Y sostenemos la distinción entre la guerra y el bandidaje.

¿Batallas? ¡Punto en boca! A quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga y al freir será el reir.

¿Crímenes?... ¡Alto ahí! La neutralidad no impone respetar como militar al malhechor.

Lo reclama el honor de la milicia y la definen las ordenanzas militares de todos los países.

Para guardar silencio ante la batalla basta ser neutro; para ensalzar el crimen es preciso ser neo. Imponer el neismo como ley y prohibir la censura del crimen, es ya violar la neutralidad.

Los tribunales profesan esta misma ley. Todo ciudadano que presencie la comisión de un delito, está obligado á denunciarlo y á impedirlo en cuanto pueda. Y con esto es neutral ante la justicia legal.

CÓMO SE TIRA DE LA CUERDA

Los patriotas alemanes fusilan á los belgas que se obstinan en no dejar que violen á su Madre Bélgica.

Y porque disparan á mansalva desde sus casas contra las tropas del kaiser, les llaman criminales.

¡Ay, Schiller de mi alma! ¿Qué dirías tú de los que disparan á mansalva detrás de los cañones contra los vecinos indefensos y contra las aldeas desmanteladas!...

LA GUERRA Y LA TEOLOGIA

Dos naciones católicas están en guerra con otras que no lo son.

Austria, católica, con Rusia cismática.

Bélgica católica, con Alemania luterana.

Tanto si van con Alemania como contra Alemania, los católicos llevan la de perder. Austria sucumbe y es aporreada por una nación chiquita como Servia.

Bélgica es aniquilada por la formidable Alemania.

Conclusión: ser católico es sinónimo de ser vencido.

Si el éxito es la voluntad de Dios, según dicen los católicos, está visto que hasta ahora Dios se proclama anticatólico en todas partes, y se declara en favor de los anticatólicos, ya se llamen cismáticos ó luteranos.

TRISTE ESTABA EL PADRE SANTO..

Bélgica ha sido incorporada al imperio germánico. Si no recobra su independencia ¡adiós Nunciatura de Bruselas! ¡Adiós breve apostólico!

PENDANT

Cayó la catedral de Malinas.

El monumento á Ferrer subsiste. Felicitáos, clericales españoles.

Manifestación anónima

Con motivo de las declaraciones del jefe de los radicales en Francia, se armó el viernes por la tarde un alboroto en Madrid, dándose mueras á Lerroux. La policía intervino, haciendo varias detenciones.

Unos dicen que fueron jaimistas los manifestantes; otros que hubo también socialistas y republicanos; otros que personas sin color político opuestas al rompimiento de la neutralidad.

Ante versiones tan contradictorias, me limito á lamentar la causa que dió lugar á la manifestación hasta saber de cierto quienes la formaron.

RECETA INFALIBLE

Los clericales amenazan con echarse al campo si la neutralidad se rompe, y no es en favor de Austria y Alemania.

Hablar por hablar; pero, en fin, allá va mi invariable receta para quitarles esa tontería de la cabeza.

Haga el Gobierno correr la voz de que se cruzará de brazos durante tres ó cuatro días, el tiempo que próximamente necesitará el Pueblo honrado para satisfacer su justo, lógico y civilizador deseo de enterarse por sí mismo de si hay muchas Vírgenes disfrazadas de ametralladoras en los conventos, y tenga la seguridad de que los primeros que interpondrán su influencia para que nadie se mueva, serán los benditos siervos del Señor.

Son muy buenos, muy razonables y muy amantes de la paz.

Las derrotas irreparables de Alemania

Sea cual sea el éxito de la guerra armada y cruenta, y tanto peores cuanto mayor sea su triunfo en este campo, son ya varias las derrotas y pérdidas que han caído sobre Alemania. Las que le esperan se contarán por el número de días y de horas que se prolongue la guerra que ha traído sobre Europa.

No sabemos si el kaiser á estas horas se felicita de su gesto marcial, ó si repondría gustoso las cosas *in statu quo*. Pero si está dotado de aquel talento calculador y previsor que sus apologistas le suponen y que en la parte belicosa ha demostrado, es de suponer, y para su propia estimación y respeto es de desear que sea él el europeo más anhelante de la paz. Porque algunas de esas derrotas y pérdidas que se escondían debajo del campo de batalla y flotaban invisibles en el aire, más sutiles que las ondas hertzianas, están asomando ya la cabeza en los hoyos abiertos por los obuses y concrescenciándose nebulosamente encima de sus máquinas voladoras.

No es la menor de estas pérdidas, el derrumbamiento y destrozo del pedestal glorioso que había logrado conquistar en el mundo su trono, reputado como tabernáculo de la cultura.

Ha caído el pedestal para siempre; el esfuerzo continuo de cien emperadores y el tributo unánime de cien imperios, no podrán ya levantarlo. Cayó ese pedestal derribado por la primera granada que el ejército imperial disparó sobre la inofensiva Bélgica por negarse á prostituirse al coloso agresor. El estampido de esa granada destruyó en la conciencia del mundo admirador de Alemania su nota y su reputación de seriedad. Podrá haber acreditado ser más fuerte que Bélgica en el campo de la guerra, pero no logrará reconquistar el crédito moral perdido. No es un Estado serio: no ha respetado sus tratos. Ha atropellado su propia firma. Se ha derrotado á sí mismo.

Las bombas de los «zeppelines», que, disparados por un país agredido contra el agresor, por un ejército débil sobre un ejército poderoso invencible, habrían pasado á la historia como actos de desesperación, que, espantado del peligro y movido del instinto de conservación, pierde el sentimiento de la honestidad y se declara vencido en el terreno de la ley y del derecho; esas bombas lanzadas por el ejército agresor y victorioso sobre un país amenazado de derrota, es un sarcasmo de la fuerza contra el derecho; de la Fortuna sobre la desgracia: es algo que

acusa un instinto desequilibrado que siente placer en el estrago innecesario y se complace en hacer burla de las leyes internacionales en cuyo nombre tantas exigencias realizó el Estado alemán. Estos actos son incompatibles con la cultura. Alemania ha sorprendido al mundo más que por el estallido de su fuerza, por la inverosímil apelación á estos recursos. Conquistara á París con un soplo; barrera los enemigos como barre la hojarasca el vendabal; cualquiera prodigio esperaba el mundo, del ingenio militar alemán. Pero lo que no se esperaba, lo que se alejaba de la imaginación de lo posible tanto cuanto crecía la idea de aquella su fuerza; era este recurso á armas y procedimientos prohibidos. Tanto menos derecho tenía Alemania á esos recursos, cuanto mayor fuera su poder, mayor la conciencia de su fuerza y mayor la esperanza en el triunfo legítimo.

Nadie podía imaginar que Alemania tuviera en tan poco aprecio el respeto y cariño que el mundo le profesaba como cúspide de la humana cultura, y que renunciase, por mezquinos éxitos y por efectos teatrales, al nimbo de majestad que le rodeaba.

Esto ha perdido para siempre y por modo irreparable.

Desde ahora deja de ser el emporio de la cultura y pasa á ser el imperio del terror. Mas, el terror que une al débil con el fuerte, es un lazo peligroso para el mismo que lo tiene y tiene límites que ningún político cuerdo debe investigar. No todos los espíritus son susceptibles del terror. Hay temperamentos refractarios á él. Y aun los mismos á quienes invade en momentos epidémicos, suelen reaccionar al pasar la ola. Alemania debe conocerlo. Sus sabios deben enseñarlo.

Si sale derrotada, ¡cuán duras represalias le esperan! Si sale victoriosa...

De no renunciar á tales procedimientos, Alemania podrá vencer, podrá conquistar el mundo si tanta es su fortuna. Pero su triunfo se habrá de sostener por el terror, y el Imperio aprenderá que al terrible se le soporta mientras no se le puede rechazar, y quizás se llegue á la lisonja: pero siempre se le odia, se maquina contra él y se anhela darle el golpe de gracia.

Tal es, en parte, el botín de la emprendida conquista. Bien pronto los millares de alemanes que nutren el ejército en campaña, al terminar la guerra pedirán su licencia y volverán á esparcirse por el mundo extranjero.

Ahí, donde cada alemán habrá de verse rodeado de extraños iguales á él en el comercio de la vida, ahí notará el cambio experimentado por

la conciencia humana y sentirá perdido aquel nimbo que antes le rodeara, y en su lugar irradiará el «terror» de las bombas incendiarias.

Ya antes, ya durante la guerra, estas agresiones á la humana conciencia y al instinto de justicia, que hacen de la especie humana una sola persona, herida y ultrajada en aquellos atropellos á belgas y franceses; ya durante la guerra este «terror» sumado á la guerra comercial é industrial que el mundo del negocio tiene siempre preparada sobre los rivales del mercado, se hará sentir en el imperio, haciendo que cada día se cierre para no volverse á abrir una de sus agencias, una de sus comisiones, una de sus fábricas...

Esta «Alemania extranjera» y cosmopolita, hasta aquí tan respetada, sufre desde luego las consecuencias. Perdure la guerra algún tiempo, el necesario para que el mercado mundial busque por otros lados el equilibrio perturbado de súbito por la catástrofe; dese tiempo á que en ese mundo se verifique la ley universal del vacío que atrae los elementos para rellenar el sitio abandonado; dese tiempo para que el mundo aprenda á vivir sin Alemania. Tal es el objetivo que persigue Inglaterra y á que tiende Francia. Esta es la guerra que á sí misma se hace Alemania con la guerra armada. Y si ésta termina victoriosa en plazo de uno ó diez años, tras ella aparecerá la derrota en esa otra esfera, cuya reconquista requerirá muchos años de expiación, de sacrificio y de castigo. Tal va á ser el lema fatal del presente conflicto: ¡ay del vencido y del vencedor!... Cada batalla es una doble derrota. Cada día el mismo vencedor pierde en otros campos más de lo que gana con el triunfo.

LUCIANO PASTOR

Ha ingresado en la cárcel de Zaragoza, donde ignoro si aun continúa, por un artículo de los publicados en su valiente semanario *El Ideal*, y firmado por Samblancat.

Creo que sea el primer caso en que, conocido el autor y hallándose en España, se prenda al director de un periódico.

Si sigue en la cárcel, la «Asociación de la Prensa» y la «Liga de los derechos del Hombre» deben intervenir inmediatamente en el asunto.

Ángel Samblancat

Ha sido detenido en Barcelona de orden del juez del Pilar de Zaragoza, á donde seguramente será conducido para responder á no sé qué proceso de los muchos que tiene por delitos de imprenta.

España sería la única nación donde no habría ni un sólo delincuente en libertad, si todos los jueces pusieran en su captura tanto empeño como algunos en prender periodistas.

Nada le digo á Samblancat, como á Pastor tampoco: ambos saben que soy su amigo.

El indulto general se impone

Con motivo de la conflagración europea han tenido que regresar á España infinidad de ciudadanos, entre los cuales hay algunos que habían emigrado por haber sido procesados ó condenados por delitos políticos ó sociales.

En las presentes circunstancias sería noble la concesión de un indulto general para toda esta clase de delitos, y de ese modo se restituirían á España definitivamente muchos ciudadanos pendientes hoy de la Justicia, ciudadanos condenados por delitos que en otros países más liberales no se consignan como tales en sus Códigos.

La tranquilidad reina en España, á pesar de la anormalidad europea; el espíritu sereno y patriótico en cierto modo manifestado por todos los elementos sociales de las izquierdas; el interés de aunar todos los esfuerzos en estos momentos de gran crisis económica, consecuencia de las salpicaduras del conflicto mundial, es motivo suficiente para la promulgación de ese indulto reparador.

Muchos son los españoles condenados y procesados por aquella clase de delitos, y de entre ellos, bastantes por la draconiana ley de Jurisdicciones, cuya derogación acordó el Congreso en anteriores legislaturas. ¿Qué mejor ocasión para conceder el indulto general indicado?

Sabemos, por manifestaciones hechas á nosotros, la animosidad del Gobierno conservador á conceder esta clase de indultos; pero la ocasión presente es extraordinaria, y ante ella la norma de conducta ordinaria debe alterarse, como se altera para otros extremos de gran importancia y trascendencia.

No es ocasión de hacer una campaña nacional en este sentido, teniendo por delante problemas de tan capital importancia como la crisis de trabajo y la carestía de las subsistencias; pero si ello fuera oportuno, vería el Gobierno el espíritu favorable del país á este indulto general.

Nosotros creemos que el Gobierno hará lo indicado, y á estos efectos varios elementos democráticos visitarán al jefe del mismo.

El indulto general repararía las durezas de ciertas leyes, que, como la de Jurisdicciones, condenaron á inocentes á sabiendas de que lo eran.

El indulto para esta clase de delitos y en los momentos presentes, es un acto de justicia y de nobleza, ya que se han visto precisados á entrar en España varios ciudadanos exentos de aquellas sanciones, los cuales hoy están abocados á los rigores de la prisión.

Confiamos en la concesión del indulto, y por él trabajaremos en la medida modesta de nuestras fuerzas.

T. ALVAREZ ANGULO

LOS CRISTIANOS ALEMANES CIVILIZADOS

Alfredo Rivera en carta fechada el 3 en San Sebastián y publicada en *El Imparcial*, cuenta lo siguiente que al honor de Alemania importa rectificar si, por fortuna, fuese falso, ó condenar y castigar si resultara cierto:

«Los fugitivos de Bélgica que han entrado en París en número de más de 8.000 personas, cuentan horrores de la barbarie de los alemanes. Dicen, entre otros detalles, que los soldados del ejército alemán mataron á dos niños de once y doce años, les cortaron las cabezas y las arrojaron en la falda de su madre.

Al ocupar Lovaina—dicen los refugiados—dividieron la población en dos grupos: uno de personalidades, á las que fusilaron en masa. El otro grupo lo componían los restantes hombres, que fueron fusilados de 25 en 25. A las mujeres y á los niños se los llevaron en una dirección desconocida, ignorándose cuál haya sido su suerte.

Ocupada la ciudad, con bombas de mano, con teas, petróleo y dinamita la arrasaron por completo hasta dejarla como la palma de la mano.»

Estos párrafos arrancan á *El País* este comentario:

«¿Con qué derecho—dice—se arroja Europa el de colonizar y civilizar el África, si aquellos bárbaros cometen menores barbaridades?»

Al lado de las que cuentan el señor Rivera, ¿qué significa la costumbre marroquí, de cortar al vencido la cabeza que, salada, se cuelga como trofeo en la puerta de las ciudades moras?»

Virgen ametralladora

De *El Liberal*:

«Los conventos en Cataluña tienen de todo. Cuando se reconstruyeron, después de la quemadura del 9, se reconstruyeron con todo el equipo.

No es broma. Entre dos clérigos se cruzó, en los días de la reconstrucción de iglesias, el diálogo siguiente:

—En mi parroquia he puesto puertas de hierro con aspilleras.

—Eso no es nada. En mi iglesia tengo, sobre el altar mayor, una ametralladora vestida de Purísima.»

Corra la noticia, por si un día los curas y los frailes disparan contra el Pueblo desde conventos é iglesias, y el Pueblo se ve obligado para rechazar la agresión á penetrar en ellos, violentando sus acendrados sentimientos religiosos.

Vean los ciudadanos una ametralladora en cada imagen, y obren con arreglo á lo que el instinto de conservación les dicte y la civilización reclame.

Dos pesas y dos medidas

De la Iglesia se trata, que llevó á su cementerio, como cautivo, el cadáver del insigne Luis Morote, que pocos días antes de morir proclamaba con orgullo su enemistad personal con Cristo, y sobre cuyo hecho el doctoral de Madrid publicó un artificioso escrito que puso á la Iglesia en un verdadero trampolín.

Esa Iglesia que en Madrid hace y dice eso, en Játiva procedió hace por ahora un año con el leader republicano de aquella ciudad, en la forma que se contiene en el siguiente memorable documento, exhumado por *El Progreso*, del cual fué director:

Játiva 25 de Agosto de 1913

Puesto en conocimiento del Muy Ilustre Sr. Provisor de esta diócesis el fallecimiento de D. Vicente Casesnoves Gandía, muerto en estado de pecador público é impenitente, he recibido la siguiente comunicación y sentencia que me apresuro á comunicar á V. I. para sus efectos, y á la letra dice así:

«En vista de las diligencias practicadas por usted sobre el lamentable hecho de haber fallecido el 24 del actual en estado de pecador público é impenitente el vecino de esa Parroquia D. Vicente Casesnoves Gandía, Su Señoría Ilustrísima el Provisor y Vicario General de esta diócesis se ha servido dictar un auto con fecha de hoy denegando la sepultura eclesiástica al cadáver de dicho D. Vicente Casesnoves Gandía, debiendo usted dar cuenta de este fallo al señor Alcalde Presidente del Ayuntamiento de esa ciudad si se tuviese intento por parte de alguien de efectuar el sepelio del cadáver de referencia en lugar sagrado.

Lo que de orden de S. S. I. comunico á usted para su conocimiento y efectos consiguientes.»

¡Bravo documento!

La conducta de la Iglesia no puede ser más contradictoria en sus apariencias. Según la norma adoptada en Játiva por el arzobispo de Valencia, es condenada la conducta del obispado de Madrid, y viceversa: la conducta del obispo de Madrid condena la del arzobispo de Valencia.

Pero la Iglesia no echa piedras á su tejado. Esas condenaciones que hace de sí misma, son piedras lanzadas al tejado ajeno, y que, aunque contrarias en la apariencia, obede-

cen á un denominador común: «el ultraje á los difuntos», ó si se quiere, generalizando la frase, la profanación de cadáveres.

Por razón de las circunstancias locales, en Madrid resultaba profanado el cadáver de Morote, al ser llevado al cementerio eclesiástico. Con ello quedaba ridiculizado el nombre del difunto, escarnecida su historia, burlados sus discípulos y amigos. Por esto la captura del cadáver se consideró un triunfo de la Iglesia: Morote quedó prisionero de su cementerio.

En Játiva, por razones locales, resultaba lo contrario. El ultraje y la profanación consistía en arrojarlo del cementerio y en cerrarle las puertas de la comunión católica en cuyo seno había nacido. El escrito ese viene á ser un padrón de infamia; un trágala sarcástico; un gesto de hembra villana que, verificado por la que se llama «Madre de sus hijos» resulta, más que diabólico, grotesco.

Por esto debe ser archivado tal documento episcopal.

Además de archivado, merecería ser estudiado y contestado. En él, en tono de acusación infamante, se califica de «pecador público impenitente» á un ciudadano.

¿Qué es eso de «pecador público é impenitente» afirmado por un arzobispo como Guisasola, y por sus curiales? ¿Quién de ellos se somete á un examen acerca de ese punto de «pecados públicos» á tenor de los cánones que invocan para ultrajar al honrado nombre de un ciudadano?

En ese modo de expresarse, aquellos curiales revelan quizás un estado de ánimo de verdadero pecado habitual é impenitente: el pecado del odio implacable.

Vicente Casesnoves fué un disidente de la Iglesia; y disintió de la Iglesia precisamente por reputarla centro de pecados nefandos y de corrupción social. Esto ¿fué pecado ó fué virtud?

De otro género de pecados ¿dónde tiene la Curia eclesiástica de Valencia, las acusaciones, los indicios, y las pruebas?

Y si no las tiene, siendo pública y notoria la disidencia del Sr. Casesnoves; siendo notorias y públicas las causas y motivos de su disidencia; siendo la disidencia un derecho civil perfectamente legal en España y ante la ética pública un hecho meritorio y de virtud, al tachar de «pecador público» al difunto, aplicándole una calificación equívoca, que se confunde, para los ignorantes de estas historias, con los grandes y famosos criminales; al hacer esto, los curiales autores de tal escrito, en quienes no cabe suponer igno-

rancia de la gramática ni destituidos de sentido común, aparecen en el texto como rebuscando una calificación equívoca, falsa en el sentido criminológico, para dejar infamado al difunto.

«Pecador público» es llamada la vil proxeneta; el ladrón famoso; el que hace del vicio y del crimen, oficio y profesión lucrativa. Tan lata es la significación del calificativo.

Para el efecto de los cánones, pudo la curia eclesiástica haber escrito que el difunto había fallecido en estado de disidente de la Iglesia. Restaba esto para negarle la sepultura eclesiástica. ¿Es cierto ó no esto, señores de la Colegial de Játiva? ¿Es cierto esto, ó no, señor Guisasola?

Pues si esto bastaba, y es deber suyo y de la Iglesia «restringir los odios» y «ampliar los favores»; si ustedes no ignoran la gramática y saben que entre los calificativos de «disidente» y de «pecador público» media una distancia ético-crítica infinita: si les bastaba el «disidente» que no mancha el honor cívico y social; ¿cómo han estampado lo de «pecador público»? ¿No es ya un «pecado público» esta ampliación y estiramiento del odio canónico? ¿No es esto un escándalo? ¿No es esto exhibir un espíritu capcioso, antijurídico y anticristiano, reprobado por la misma Teología moral que decís profesar?

¿Teníais necesidad de aplicar esta calificación infamante? No.

¿Podíais aplicarla? Resueltamente no. La palabra «pecado público» indica un pecado reputado tal por el pueblo en que se vive; y á este tenor, es falso que en España la disidencia sea un pecado, pues una gran parte del pueblo la considera un honor. Es un «pecado eclesiástico», como el ser eclesiástico es un «pecado» para esa parte del pueblo.

Por qué la habéis aplicado?—Por esto: por «odio.»

Pero advertidlo, oficinistas de la Iglesia: ese «odio» coge en su escarnio á dos: al difunto, á quien lo aplicáis, y al agonizante aquel que mandó «perdonar al enemigo», en cuyo nombre tratáis al enemigo, no solo sin perdón, sino con inquina ilícita en mediana moral y en mediana cortesía.

Dos son los escarnecidos: Casesnoves y Cristo. Si Cristo hubiese de revisar ese documento ¡guay de sus autores!... ¿Cabe mayor pecado público?

R. MAYOL

Nerón... ante el incendio de Versalles

Es un diario carlista español quien publicó el infundio del incendio de Versalles.

La alegría no le cabía en el cuerpo á esta sola idea. Y aunque tan brutal y comprometedor, enseñaba la oreja de Nerón, como se va á ver.

«Los proyectiles de la artillería alemana al estallar han incendiado á Versalles.

Las primeras llamas enardecieron á los alemanes, que batallaban con épica locura, dando muestras de gran júbilo.

Las llamas han ido en aumento.

Versalles está convertido en una monstruosa hoguera.

Las baterías alemanas, divididas en dos filas, cañonean incesantemente.

El reflejo de las llamas de Versalles se divisa á muchos kilómetros.

La noticia ha producido enorme sensación en París y en toda Francia.

Se cree que Versalles quedará reducido á un montón de escombros.»

El Nerón católico llora con un ojo y ríe con el otro. Y sigue diciendo: «Alemania es el brazo de Dios.»

Pues... ¡buen Dios debe ser el de tal brazo!... Por lo pronto la Humanidad desea verlo quedarse manco ó paralítico. ¡Vaya una mano que tiene!...

Grosería editorial

«La casa editorial Garnier de París, á cuya popularidad y auge tanto contribuyó Estévanez con sus castizas y bellas traducciones no envió ningún representante suyo á su entierro.»
(Los periódicos.)

Vamos; en todas partes cuecen habas. Yo creí que la ingratitud y la grosería editoriales eran fruto exclusivo de España, pero veo que también se dan en la *ville lumière*.

Cuando hace poco en Madrid el editor Beltrán tuvo aquel rasgo de locura de pagar un par de botellas de champagne en cierta reunión, la Prensa de España se quedó asombrada y muda de espanto: no había memoria en los fastos de las letras hispanas de una prodigalidad tan fastuosa en un editor, personaje vampiresco que vive siempre á costa de la savia intelectual y de la masturbación cerebral de los infelices que caen en sus garras.

Lo que ha hecho Garnier con Estévanez ha sido sencillamente una cochinada; pero de éstas estamos viendo en España mil casos á diario.

Cuando Ramón Sempau cayó enfermo de muerte trabajaba para el editor Seguí, de Barcelona, en esa Enciclopedia esperpento, que ha tenido la habilidad de recoger todos los desatinos de las demás, corregidos y aumentados con la cosecha propia, se le pidió una ayuda, como era natural; y había que ver las pesetas y maldiciones que aquel hombre echaba por la boca, y lo que hubo que luchar para que soltara un par de duros.

Si no hubiese sido por *El Diluvio*

Sempau se hubiera muerto en la calle como un perro.

Yo no he tenido mucho trato con los editores, pero también conservo recuerdos bien poco gratos de estos prestamistas del ingenio.

El editor Presa, cuando yo publiqué mi libro *Memorias de un fraile*, empezó por no pagarme mis derechos de autor, siguió haciendo más ejemplares de los que podía en conciencia y acabó por robarme la propiedad del libro, y véndersela al editor Granada, otro que tal, que la adquirió sabiendo que adquiría una cosa robada; y cuando yo llevé al tal Presa á los tribunales por ladrón, reventó de una borrachera de ajeno, y yo dejé el asunto de la mano. Sin embargo, el editor Granada sigue anunciando en su catálogo mis *Memorias de un fraile* como obra suya de fondo, cuando el título de propiedad le tengo en mi poder; pues el libro siempre fué mío.

En fin, no acabaríamos nunca de hablar de esta materia. Yo hablo así, porque como no los necesito, ni aunque los necesitara me habían de publicar nada, quiero tener el gusto de cantarles las verdades, y que se desahoguen por mi boca los desdichados que les escriben un tomo de 400 páginas por quince duros. A sus trapacerías é ingratitud para los que les ayudan á llenar su gaveta añadamos su fariseísmo hipócrita, su adulación al clericalismo, y su acendrado amor á los libros sucios, asquerosos y libertinos, de los que está inundada Barcelona, foco de donde irradia toda esa literatura engendradora de masturbadores, ninfómonas, lésbicas y homosexuales. No darán estos señores acogida en sus casas á un libro donde se ataque el abuso y el mercantilismo religioso, pero lléveles usted basura erótica y libritos para recreo del cuerpo de guardia, y le recibirán con los brazos abiertos. ¡Desdichado Estévanez, que tuvo que esperar el mendrugo de tales... señores!

FRAY GERUNDIO

Alemania, pueblo de Dios

Acosados los católicos — germanófilos por el argumento de la destrucción de Lovaina, véase cómo responde uno de sus órganos más conspicuos, publicado con la garantía de la censura del cardenal Guisasola:!

Simpatizemos con los alemanes por varias razones, expuestas repetidas veces, pero el simpatizar no significa que nos creamos obligados á defender todo lo que hagan. Aplaudimos si obran bien; censuramos si obran mal.

»En concepto nuestro, Bélgica debió limitarse á protestar con energía contra la violación de la neutralidad y á no meterse en más fregados. Se convirtió en aliada de Francia y de Inglaterra y pasó lo que se ha visto.

»Ello no obsta para que deseemos el triunfo de los alemanes, que son, en este momento, el instrumento de que se vale Dios para castigar las ofensas inferidas á la madre España, y que ésta, demasiado débil por desgracia, no ha sabido ó no ha querido vengar.»

¡Mayores burradas ni mayores blasfemias salieron jamás de boca humana!

Pues bien: si los alemanes se limitan á incendiar catedrales y demás centros de corrupción espiritual, nosotros también simpatizaremos con ellos.

De los jesuitas

Confiamos en que el progreso de los hombres de muerte se detendrá... La luz del día ha brillado en el sepulcro...

Sabemos ya, y luego lo sabremos aún mejor, cómo han caminado durante la noche esos espectros; cómo con sigiloso paso y mientras dormíamos habían sorprendido á las gentes indefensas, sacerdotes, mujeres y conventos.

Apenas puede concebirse el número de individuos sencillos, humildes hermanos y caritativas hermanas que de esta suerte han sido embaucados; ¡cuántos conventos les han entreabierto la puerta seducidos por esta voz meliflua! Mas ¡ay! una vez dentro, su hablar se vuelve recio y se les teme, y aunque temblando, se les somete y se les obedece á ciegas.

No existe obra rica donde no ejerzan hoy el principal influjo, de la cual no saquen lo que quieren; y aún las corporaciones, tales como misioneros, frailes, lazaristas y los mismos benedictinos, se han visto obligados á someterse á ellos. De modo que hoy todos juntos forman un ejército poderoso que los jesuitas conducen con bravura á la conquista del siglo.

¿No es digno de notar que éstos, en tan corto espacio de tiempo, hayan reunido tales fuerzas?

Por elevada opinión que nos hayamos formado de la habilidad de los jesuitas, no basta á explicarnos semejantes resultados. Anda en ello una mano misteriosa, y es la que, bien dirigida, desde el primer día del mundo ha obrado dócilmente los milagros de la astucia; mano débil y á la que, sin embargo, nadie resiste: la mano de la mujer. Los jesuitas han hecho uso del instrumento de que se habla en San Jerónimo, esto es, de *pobres mujercitas cubiertas de pecados*.

Para atraer á un niño basta que le enseñemos una manzana; pues bien, los jesuitas, para hacerse suyas á las mujeres, les han enseñado unas oracioncitas femeniles muy cucas, santos, juguetes, inventados ayer, y han compuesto para ellas un nuevo Olimpo. ¡Qué de cruces no se haría San Luis si levantase la cabeza y presenciara tal espectáculo! De fijo que antes de dos días le daría fatiga, y preferiría volver á su cautividad entre los sarracenos.

Eran necesarias esas nuevas modas para conquistar á las mujeres. Quien quiera hacerse dueño de ellas es necesario que transija con las pequeñas fragilidades, con ciertas mañas y á menudo con el gusto hacia lo vano. Lo que hizo que del trato con algunas mujeres les valiera la fortuna á los jesuitas, sobre todo al principio, fué pre-

cisamente esa mentira obligada y ese misterio: nombre fingido, domicilio poco conocido, visitas á hurtadillas, la necesidad apremiante de mentir al regreso, etc.

Mujer hay que ha sentido mucho, y que, encontrando á la larga uniforme y sosa la sociedad, busca gustosa, en la mescolanza de ideas contrarias, no sé qué saber acre.

He visto un cuadro en Venecia, en el que sobre rico tapiz obscuro se marchitas ba una rosa al lado de un cráneo, mientras por encima de éste vagaba con satisfacción una graciosa víbora.

Pero esto es una excepción: el medio sencillo y natural que ha dado buenos resultados es coger los pájaros silvestres por medio de los pájaros domésticos. Hablo de las *jesuitas*, astutas y apacibles, mañosas y encantadoras que, caminando siempre delante de los jesuitas, han derramado por todas partes el aceite y la miel, suavizando el camino; de las jesuitas, que han arrobado á las mujeres, haciéndose, según convenía, hermanas, amigas y principalmente madres que es el lado sensible del corazón materno.

Por amistad consentían en tomar la joven; y la madre, que por nada del mundo se hubiera separado de su hija, la depositaba gustosa en tan bondadosas manos. De esta suerte se encontraba mucho más libre, porque al fin y al cabo el amable testigo no dejaba de molestar, principalmente si, envejeciendo, se veía florecer al lado de ella la querida y adorada, pero demasiado deslumbradora flor.

Todo se ha llevado á cabo bien y rápidamente, con sigilo y discrección admirables.

De este modo los jesuitas no tardarán en tener en las casas de sus damas las hijas de todas las familias influyentes del país. ¿Qué resultado van á conseguir con ello? Imenso; sólo se necesita saber esperar. Esas riñas, dentro de pocos años serán mujeres, madres; y quien posee las mujeres, tiene la seguridad de poseer, con el tiempo los hombres.

J. MICHELET

La intención basta

Era tradicional en la parroquia la costumbre de comer carnero el día de la festividad del santo tute lar. ¿Y acaso iba él á quebrantar la costumbre?

Esto pensaba Periquillo cierta noche en que se retiraba á casa después de haber pasado todo el día regando la tierra con el sudor de su rostro, para que se cumpliesen al pie de la letra las palabras dichas á Adán, nuestro primer padre, cuando fué arrojado del Paraíso.

¿Y cuántos carneros tenía en su corral el tío Lamparilla! Tal vez aunque lo robasen media docena no lo notarían.

Pero no pensaba Periquillo llevarse tantos ¿para qué? Con uno, uno sólo y no de los más grandes, tendría de sobra para comer durante los tres días de las fiestas del patrono, las cuales pasaría alegrementemente con su viejecita, su pobre madre, que apenas podía moverse. Carnero con arroz; arroz con carnero y carnero solo. Eso es, tres platos variados—pensaba Periquillo.

Los perros que el tío Lamparilla tenía para custodiar su casa no le daban miedo á Periquillo. Le conocían como si fuese su dueño. La dificultad consistía en sacar el carnero del corral.

Allá veremos—dijo Periquillo—y saltó la tapia y se encontró enseguida en el corral.

Los carneros dormían bajo el cobertizo y á él se dirigió Periquillo.

¿Había tantos! Pero no era cosa de andar escogiendo y se apoderó del primero que tocaron sus manos, lo cargó sobre los hombros y probó á subir la tapia. La empresa era difícil y renunció á ella.

La puerta estaba cerrada con llave, pero en la parte inferior tenía una gatera de amplias dimensiones.

Por allí sería más fácil la salida.

Se quitó la faja, y sujetando uno de los extremos de ésta á las astas del carnero, comenzó á salir por la gatera, llevando en una mano el otro extremo de la faja.

Cuando ya estaba fuera del corral tiró de la faja y aproximó el carnero á la gatera. Después asió al animal por la lana y tiró con fuerza, pero el carnero se resistía y Periquillo no consiguió más que arrancarle dos grandes mechones de lana. No había más remedio que renunciar á llevarse el carnero.

Triste y cabizbajo fuese Periquillo á su casa, á la que llegó ya muy tarde.

Pocos meses después de las fiestas del patrono, predicaban dos padres jesuitas una santa misión en la parroquia. Periquillo, que era un buen cristiano, fué á confesarse con uno de los padres.

El confesor le fué examinando por los mandamientos.

—¿Y has hecho mal á tu prójimo?

—No, señor, respondió Periquillo.

—¿Ni aun por deseo?

—Padre...

—Vamos, hombre, vamos. ¿Tienes sobre esto algún pecadillo?

—Sí, señor. Una noche quise robar un carnero, al tío Lamparilla.

—Pero no lo robaste.

—No, señor. Tenía que sacarle por la gatera del corral; el carnero no cabía y me fuí sin él.

—La intención basta—dijo el jesuita—¿Cuánto valdría el carnero?

—No lo sé, padre; pero nadie daría por él más de cuarenta reales.

—Bien está. En penitencia rezarás estas oraciones—y señaló algunos padre nuestros y avemarias—y además darás á las benditas ánimas del Purgatorio una limosna de veinte reales para dos misas que yo aplicaré en su sufragio.

Periquillo se levantó para ir á cumplir la penitencia, echó mano al bolsillo, y sacando una moneda de cinco pesetas y acercándola á la rejilla por donde se confiesan las mujeres.

—Padre—dijo con voz compungida—ahí van los veinte reales para las ánimas.

—Pero, hombre—le dijo el confesor—¿no ves que por ahí no caben?

—Tampoco—repuso Periquillo—cabía el carnero por la gatera; pero la intención basta.

Y guardando nuevamente la moneda de cinco pesetas, fuese tan tranquilo, dejando burlado al jesuita.

JOSÉ BARRAL

¡Naturalmente!

Me explico perfectamente que los carcas estén entusiasmados con Alemania.

Las noticias que da la Prensa acerca de los procedimientos de los alemanes en la guerra, dan así como á entender que se parecen algo á los que ellos usaron en las dos civiles que sostuvieron el pasado siglo. Y, claro; los recuerdos de Olot, de Igúzquiza, de Cirauqui, de Cuenca, etcétera, etc., han resurgido ahora en sus cerebros, y sueñan con reanudar la serie de incendios, robos, asesinatos... etc.

¿Cómo, si no, aplaudirían á los que en su marcha triunfal lo mismo disparan sobre un teatro que sobre una catedral, como ha ocurrido en Malinas?

La nostalgia del salvajismo es muy persistente en los cerebros obtusos.

NO EXAGEREMOS

Negar que favoreceríamos mucho á Francia é Inglaterra si nos pusieramos resueltamente de su parte, sería negar una verdad evidentísima. Esto no quita para que yo crea que exageran un poco, lo mismo los que creen que íbamos á inclinar el peso de la balanza, que los que suponen que esas dos naciones están completamente perdidas si no cuentan con nuestro apoyo.

Vengamos á la realidad, pues, para no exponernos á que alguien pueda, al fijarse en la ridícula jactancia de los unos y de los otros, aplicarnos sin razón este conocido apólogo:

«Al que ostenta valimiento cuando su poder es tal que ni influye en bien ni en mal, le voy á contar un cuento.

En una larga jornada un camello muy cargado exclamó ya fatigado:

«¡Oh que carga tan pesada!»

Doña Pulga que montada iba sobre él, al instante se apea, y dice arrogante:

«¡del peso te libro yo!»

Y el camello respondió:

«¡Gracias, señor Elefante!»

Sí; evitemos que se nos aplique ese apólogo, ya que no podríamos evitar, si un día Francia é Inglaterra se olvidasen de sí mismas, é imitaran á Alemania en lo de violar neutralidades, que se apoderasen de los puertos españoles que les conviniera.

Haría nos lo que pudiéramos para impedirlo, imitaríamos á los defensores de Lieja, pasaríamos como héroes á la Historia, pero nos quedaríamos sin los puertos.

Conque así, no exageramos, no exageramos al hablar de la importancia de nuestra neutralidad.

LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS
Una peseta

EL MOTIN



—Vengo de la Residencia de los Padres, donde me han dicho que los protestantes alemanes han destrozado á cañonazos al catedral de Malinas con todo lo que había dentro. ¡Hay Providencia, compañero, hay Providencia!

—¿Pero no son católicos los belgas?

—Sí; mas defienden á los franceses que arrojaron de su país á los jesuitas.

Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

Suma anterior. . . . 7344'85

Baudilio Balart, 1'00. — Juan Fusté, 1'00. — Juan Casas, 1'00. — Francisco Font, 1'00. — Joaquín Armisen, 1'00. — José Coma, 1'00. — Raymundo Ruflandes, 1'00. — Antonio Solanas, 1'00. — Antonio Solé, 1'00. — Carlos Barraceta, 1'00. — Juan Camell, 0'50. — Angel Mira, 0'50. — A. B., 0'50. — Antonio Resena, 0'50. — Magin Prunera, 0'50. — José Font, 0'50. — José Franco, 0'50. — José Bonet, 0'25. (Todos de Gracia, Barcelona).	13'75
O. L. (Buñol).	0'50
Eulogio Palomar (Medina del Campo).	1'00
Voltaire Palomar (idem).	1'00
Juan A. Fandiño (padre) (Oviedo).	5'00
José Valls (Santa Perpetua de Moguda).	0'60

Suma y sigue. . . . 7366'70

DE ARCHIVOS

El de la Inquisición

Lo que significa

España no se ha dado cuenta todavía de que tiene un gran tesoro en sus papeles de la Inquisición.

Este tesoro, en manos hábiles, sería explotado bajo muchos conceptos, como mina de muchos filones y de muchas clases de metales.

Acudiendo á sus secretos, veríase cómo muchos miserables que andan hambreado por las calles, son los dueños legítimos de fortunas que están en poder de los amos que los azotan. Veríase cómo muchas coronas castellanas lucen en frentes equivocadas. Veríase la falsedad de la historia nacional. Veríase cómo la Inquisición fué el arma de Satanás para matar el cristianismo y colocar el Papa en el altar de Cristo. Veríase cómo el clero fué el elemento más discolo del catolicismo facineroso. Veríase cómo España no fué jamás católica. Veríase cómo la Monarquía y el Vaticano se concordaron para prostituir y degradar al pueblo español. Veríase en toda su negrura el alma católica, impía, incrédula, perversa é hipócrita. Veríase cómo la Iglesia ha sido el azote de España y su maldición. Veríase que la Inquisición es judía y no cristiana: extranjera y no española. Veríase, en fin,

la odisea de este sufrido pueblo, cuyo delito fué el no ser criminal, cuyo error fué creer en el incrédulo y adoptar como religión las leyes de una Iglesia sin fe y sin moral.

Ahí, en la Inquisición, se mueven en toda su lubricidad y descoco las almas de la Jerarquía católica, de las órdenes religiosas y de la aristocracia devota. Ahí se ven en toda su naturaleza interna y en su hipocresía externa.

Por esto la Iglesia ha desviado y desvía al público del camino de esa escuela realista. Por esto tiene espanto á la aparición de los fantasmas del Santo Oficio.

Es su espectro terrible.

LO QUE RESTA...

De muchas Inquisiciones fueron destruidos los archivos: todos pasaron por la mutilación. Sin embargo, se conservan documentos bastantes para procesar á la Iglesia, al Papado, al Estado católico, al Jesuitismo y en general al clericalismo.

Napoleón, que además de ser un caudillo militar fué un inmenso filósofo y un intuitivo de la humanidad, tuvo gran interés en apoderarse de los archivos de las Inquisiciones, y en llevarse á París esos sus tesoros. Sabía lo que se hacía.

LAS MINAS DE LA HISTORIA

EN PODER EXTRANJERO

En cambio, los españoles han despreciado estas minas, como todas las minas de riqueza verdadera. ¿Cuál sabio se dignaría bajarse á estudiar los misterios de la Inquisición? ¿Cuál crítico no temería verse llamado cursi?

Por esto han tenido que venir los extranjeros á explotar esta mina, como todas las minas de riqueza. Los alemanes y los ingleses sobre todo. Y nos han dado á conocer la Inquisición á la alemana y á la inglesa, y ahora va á ocurrir con estos estudios, lo mismo que nos ocurre con el hierro de Vizcaya: que lo extraen de aquí, lo llevan á Alemania, nos lo traen hecho máquinas, y la bobería española paga... paga, paga... y aún se admira de la sabiduría alemana, tanto como los alemanes se admiran de la asnería española.

Pues ahora va á darse al público español la Historia de la Inquisición de Lea; bonita máquina crítica y filosófica... Bonita, pero inglesa, hecha con el hierro de nuestros archivos. Nuestros académicos de la Historia quedarán viendo visiones, y aún la citarán y la utilizarán para vestirse con plumas ajenas; pero ellos... no aprenderán á trabajar la mina que tienen en casa; lo más, se alquilarán como peones, como copistas ó como cicerones.

Pues bien. La única disposición acertada que el Gobierno ha tomado

en esta materia, ha tenido la desgracia de suscitar grandes protestas de una parte del pueblo español.

¡Qué entusiasmo el de ese pueblo!

En comunicados á la Prensa, aparece el pueblo vallisoletano indignado, irritado, soliviantado, por que se quitan de aquellos archivos de allá los papeles de la Inquisición, que tienen en sus manos desde hace cien años, y que ninguno de los protestantes esos se ha cuidado de mirar.

¿Para qué querrán esos papeles los que por ignorancia ó desidia son incapaces de leerlos?

¿Qué derecho tienen á poseerlos ni á retenerlos, si no saben lo que son, ni lo que valen, ni en sus manos sirven para otra cosa que para ser roídos de la polilla ó para ir desapareciendo entre los bibliopiratas que se dedican á tal oficio?

Porque ¡cuidadito, amigos, con la piratería que hubo en Simancas, por ejemplo, desde los primeros tiempos de instalarse allí los archivos generales del reino... ¡Cuidadito!... Unos siglos más, y no quedarían más papeles que los de estraza.

¡SIN INVENTARIOS!

Pero es el caso que este archivo de la Inquisición, como todos los de España, está hecho un embrollo, imposible de entender y de descifrar. ¡Todavía no hay catálogos completos!... ¡Ni índices á disposición del público!... No es un archivo todavía, sino un desván donde están amontonados los papeles, y gracias que estén á salvo de la humedad, de los ratones y de los piratas.

Ya hablaremos de ello algún día.

EN LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

No se culpe á nadie del Cuerpo de archiveros. No; el mal está en otras partes. ¡Cómo no, si en la mismísima y realísima Academia de la Historia tienen infinitos documentos sin catalogar, sin saber lo que son ni de lo que tratan!...

Y los que están catalogados ¡ay! no están al alcance del público; son — dicen — propiedad particular de la Academia, lo cual, en resumidas cuentas, significa: «Son propiedad de los particulares académicos», que pueden llevárselos á sus casas, en tanto que Juan Español no puede examinarlos ni allí mismo, en una covacha que sirve de salón, que necesita en pleno día de luz artificial, colocada de modo que al tercer día el concurrente quede ciego...

Pues, sí, señores: allí, en la Academia de la Historia, se ha constituido el archivo de papeles de jesuitas, y se dió la presidencia á un jesuita... ¡Un jesuita incapaz jurídicamente de poseer, sometido al voto de obediencia ciega... y presidente de la Academia de la Historia!... ¡El delirio! ¡El colmo!...

Allí fueron enviados—según se me dice—muchos papeles jesuíticos del Archivo Nacional... con lo cual los bienes de la nación pasaron á propiedad particular de la Academia, que ha acreditado su capacidad llegando al año 1914 sin tener catalogados documentos que entraron allí el año de Mari Castaña.

Lo dicho: el delirio.

EL LABERINTO

Bueno. Ocorre, pues, que un español quiere hacer estudios de Inquisición.

Dicho se está que el Estado no le subvenciona. Necesita subvencionar otras cosas. Y Juan Español, dicho se está que por esto solo se hace cursi; y además no dispone de rentas, ya que el rentista español no va á archivos, sino al foot-ball ó al Music-Hall.

Pero, alguna vez el Juan Español se empuerra en ello. Es un derecho como otro cualquiera ese de empeñarse.

Y va al Archivo Nacional y dice: —Ya estoy en mi casa... Papeles de la Inquisición acá... Vengan...

¿Vengan, eh?

Unos, están en aquella cueva de Montesinos, llamada Academia de la Historia.

Otros están en otra cueva de encantamientos históricos: la biblioteca del Real Palacio.

Otros están... en Barcelona, en el archivo de la Corona de Aragón.

Otros... en Sevilla, en el archivo de Indias.

Otros... en Valladolid y en el archivo de Simancas.

Otros... en París...

Otros... en Londres ó en Munich...

Otros... en Roma...

Otros han desaparecido y se ignora su paradero...

¿Qué tal, Juanito Español? ¿Te has lucido!

UN MÉRITO Y UNA PROTESTA

Bueno, otra vez. Pues todo esto es bueno.

El actual director del Archivo Histórico Nacional, comprendió que tal organización es ridícula y anticientífica, y que en vez de archivos de la Historia, estos centros resultan sepulcros de la Historia. Y dijo: ¿no valdría más clasificar los archivos, reuniendo en cada uno de ellos los asuntos de su clase, y deshaciendo este embrollo?

Y á esto obedeció el plan de organizar el de la Inquisición en Madrid, y al fin fueron traídos algunos legajos de Simancas, como deben ser traídos los de todas partes sin exceptuar los de los archivos episcopales y de las audiencias y chancillerías, los del Palacio Real, los de la academia de la Historia y los de toda España.

Pues... ahí salen los vallisoletanos alborotando y protestando.

¿En nombre de qué? ¿Con qué derecho? ¿Para cuál fin?

Vaya, compatriotas: no seáis... juguete inconsciente del clericalismo, que es el único que sale beneficiado con este laberinto actual, á costa del crédito de la ciencia española. Es lo único bien hecho hasta aquí, y debe aplaudirse por todos los amantes del progreso intelectual. Sólo el ignorante y el empeñado en que España sea la Patria de la ignorancia, tienen derecho á alborotar.

S. PEY ORDEIX

Heroína de nueve años

En una aldea cerca de Lieja una patrulla de soldados alemanes, después de haber saqueado las viviendas, reunió á todos los habitantes y los hizo arrodillarse en la plaza.

El oficial que mandaba la patrulla eligió en el grupo cuatro jóvenes y las hizo desnudar.

Estaban para sufrir los mayores ultrajes ante los ojos de los propios padres y vecinos, espantados, de rodillas, bajo los cañones de los fusiles apuntados contra ellos, cuando de pronto se oyó un gran rumor y se presentó una compañía de soldados franceses.

Los alemanes huyeron, pero algunos fueron fusilados.

Después se supo que una niña de nueve años, hija de unos campesinos, fué quien, apenas vió llegar á los alemanes, corrió á través de los campos en un trayecto de varios kilómetros, para avisar á las avanzadas francesas.

Inmediatamente se puso en marcha una compañía de infantería, guiada por la valerosa é inteligente niña.

El salto de la Tiara

«Os anuncio una gran alegría: tenemos Papa, que se llama Beato XV.»

(Proclamación del Cardenal Della Chiesa, sucesor de Pío X).

De las humildes sienes del modesto José Sarto, que vino al mundo con apellido de obrero y sin más fortuna que la de su trabajo, la Tiara ha pasado á las excelsas sienes de Diego de la Iglesia (Giacomo della Chiesa), hijo de los marqueses de igual título, nacido en Génova, abogado desde 1875, y presbítero desde 1878.

Siguió luego la carrera eclesiástica diplomática en el Colegio de Nobles de Roma, donde se enseña á los alumnos todo menos el Evangelio y el arte de imitar á Cristo, y se en-

seña en su lugar el arte de contentar á los Herodes y Pilatos, para que, en vez de llevarles al Calvario á ser crucificados, les admitan en sus banquetes, saraos y fiestas como embajadores del Rey de los cielos. Lo cual bien mirado, tiene menos peligros que el del Cristo patibulario.

En tal carrera fué secretario de nunciatura; como tal vivió en Madrid, estuvo en la Puerta del Sol, en el Retiro, en Recoletos, en San Luis, en las Pascualas, en la calle de Segovia y en otros muchos parajes. Después fué oficial de la Secretaría de Estado en Roma; después fué arzobispo de Bolonia; después cardenal... y ahora Papa. De aquí, al cielo.

El Cónclave que lo ha elegido ha debido de ser divertidísimo como todos ellos. Su historia nos la traerá *L'Asino*, que ha heredado la sal, el ingenio y el oficio de aquel Pontífice de la caricatura y de la bufonería llamado Paschino.

Los católicos se felicitan de esta elección, y EL MOTÍN se felicita de ella no menos. Se asegura que «restaurará todas las cosas de la Iglesia al estado de León XIII», lo cual equivale á desbaratar todo lo hecho por Pío X, que al suceder á León XIII creyó necesario «restaurarlo todo en Cristo», que era el programa de Miguel Servet y el que le llevó á la hoguera.

EL MOTÍN no gana ni pierde. La actitud de los Papas con él, es siempre la misma. Ellos siempre Papas, y EL MOTÍN siempre EL MOTÍN. Lleva las condenaciones de Pío IX, de León XIII, de Pío X, y espera merecerlas de Beato XV, que así debe decirse en castellano.

Por haber estado en Madrid seguramente conoce á EL MOTÍN el nuevo Papa; y con seguridad que sería uno de los más asiduos lectores de las *Flores Místicas*, cuidadosamente recortadas y guardadas en las oficinas eclesiásticas. De fijo que cuando los cardenales españoles le informen del anticlericalismo de nuestra tierra, el Padre Santo dirá:

—Pero ¿todavía vive EL MOTÍN?

—Todavía, Santísimo Padre...

En España murieron mil publicaciones piadosas; murieron trescientos Prelados; murieron tres Papas de los que parecían inmortales... Sólo EL MOTÍN parece la Piedra inmovible simbólica del poder Pontificio, á cuya agonía asiste EL MOTÍN con su habitual é imperturbable buen humor, comentando los vaivenes de la Santa Sede, la destrucción del reino pontificio, la creación de ese reino *in partibus* que los clericales adjudican al Pontífice, las intrigas romanas, las riñas de frailes, las corridas que van llevando en las naciones, las fugas de los Montagnini en Francia y de los Siviglia en Chile, los derrumbamien-

tos de la Catedral de Malinas y de los conventos de Barcelona, la captación de testamentos, el amontonamiento de millones, las industrias jubilaes y no jubilaes... amén de esas otras escenas de mujeres que se ahorcan en las Iglesias de Zaragoza, de los gatos de Huesca, de los degollamientos de jesuitas, de los suicidios sacerdotales, de los envenenamientos con vino consagrado, y... en fin... el cuento sin fin.

Ante la nueva política del nuevo Papa ¿qué orientación habremos de tomar acá? León XIII fué la pesadilla de integristas y carlistas; fué el coco de los jesuitas; fué el que consagró la República francesa... Veremos por cuales derroteros encamina la nave de San Pedro el nuevo Pontífice.

Su primer acto dicen que va á ser el de intentar intervenir en la guerra para traer cuanto antes la paz. ¿La paz pontificia? Para los gatos. La única ventaja que tiene la guerra ésta, es que va á dejar sin ganas de meterse en otra á Estados y Soberanos. Y, francamente: por muchas que sean las víctimas de la guerra, no llegarán al número de víctimas que ha ocasionado la *paz armada*, manantial silencioso de muertes y de iniquidades, que sólo puede cegarse con este chubasco de sangre y de plomo mezclados en la aleación de la guerra.

Si hemos de ir á una paz mentida y ficticia, tan mala como la guerra y más páfida que ésta en sus daños, ¿para qué se quiere, sino para que se produjera dentro de un año, de dos ó de diez, y tanto peor cuanto más tardase?

La futura paz no tiene base sólida posible más que con el hartazgo de la guerra. Ya estamos en el baile, y lo mejor es acabarlo de una vez y que nadie se quede con ganas de repetir el ensayo.

Además de esto, suponemos que la intervención della Chiesa (de la Iglesia) en la empresa proyectada, dará lugar á repetir las palabras de la Escritura:

«Gritaban: ¡Paz! ¡Paz!»

Pero no venía la Paz.

En vez de la Paz, vino el Guerra.

R. MAYOL

Para los frailes de capucha y de levita

Sabido es que los jesuitas y demás frailes procuran monetizar sus riquezas y sustraerlas primero al tributo de la nación y luego á la posible confiscación del Estado, depositándolas en el Extranjero. Ahora resulta que estos y otros capitales semejantes, ausentes de España, son culpables de la actual crisis económica española, y que la paraliza-

ción de muchas industrias se debe á su ausencia.

De ella dice *La Epoca*:

«Aquellas industrias no sufren más que por escasez de capital, por carencia de fondos de resistencia. Tuviéranlos, y no sólo no tendrían que caer en crisis, sino que podrían prepararse para sustituir en otros mercados á la Naciones cuya producción está y ha de estar por algún tiempo interrumpida, aun después del restablecimiento de la paz.

»Pues si esos capitales españoles que han ido á invertirse en valores extranjeros, ó á alimentar los depósitos y las cuentas corrientes de Bancos extranjeros, se hubieran dedicado á sostener é impulsar el movimiento industrial de España, ¿no es evidente que no se produciría hoy ninguno de aquellos dos fenómenos, tan lamentables para los interesados como para todos?»

Cierto, ciertísimo.

Lo cual no será óbice para que la prensa conservadora siga haciendo la propaganda á la rapacidad clerical, criando cuervos para que nos saquen los ojos.

El lío de la Embajada en París

El Gobierno del Rey ordenó á su embajador en Francia que, al igual que los embajadores de naciones neutrales, permaneciese en París, aun cuando el Gobierno de la República se trasladase á Burdeos.

El marqués de Villaurrutia, que tal era el funcionario, negóse á obedecer las órdenes del Monarca y presentó la dimisión, que parece haberle sido aceptada.

En su lugar, ha sido nombrado embajador el marqués de Valtierra, militar de profesión.

El suceso es tan grave, que merece ser analizado, comentado y juzgado en todo rigor. El acto de Villaurrutia en estas gravísimas circunstancias, no puede terminar en una dimisión aceptada.

El pueblo, que ha de juzgar los hechos por sus apariencias, ve en ello una deserción ante el peligro.

Todos los cuerpos del Estado tienen el camino señalado para castigar sus deserciones.

No basta la dimisión.

Hay que apurar la justicia y la crítica.

Noticias de la guerra

Partidario de la neutralidad, no me perdonaría si hiciese algo que pudiera influir, aunque fuese en parte ínfima, á que se rompiera.

Por esto, y además por no sufrir

denuncias en tonto, desde hoy me limitaré á copiar de los demás periódicos las noticias que hayan circulado sin tropiezo, excusando todo comentario.

Nunca se cuidó nuestro Gobierno de evitar que censurásemos como bien nos pareciera los actos crueles y reprobables de los turcos en la guerra balkánica, ni los de los mejicanos en la que sostienen todavía. Verdad es que no los teníamos tan cerca ni eran tan fuertes.

Y dicho esto, allá van algunas noticias legitimadas por la impunidad con que han corrido.

--Los refugiados en Ostende cuentan que 10.000 alemanes acampaban con Caballería y Artillería, en Aerschot. Hicieron un raid hasta Westmeerbeck, saqueando este pueblo y llevándose 24 hombres prisioneros á Aerschot. En Boisschot se apoderaron de 200 hombres, bombardeando desde allí el pueblo Heystopdenberh.

—En Herselt los alemanes cogieron 28 y fusilaron á un aldeano que se negó á entregarles alimentos. Incendiaron además tres casas, regresando luego á Aerschot que incendiaron casi por completo. Enviaron á Alemania 100 hombres que habían hecho prisioneros, para que los dedicaran á la recolección, y reunieron en Aerschot todo el botín, el cual facturaron para su nación.

Roma 5.

Firmado por los directores de los principales periódicos de Italia ha sido publicado un llamamiento á la nación.

Se la invita á protestar enérgicamente de la conducta que los alemanes siguen en Bélgica, y especialmente de la destrucción de Lovaina.

Esta protesta deberá consistir en el envío de tarjetas á la Legación de Bélgica en Roma y á todos los consulados belgas del reino.

Ayer mismo, miles de personas dejaron sus tarjetas en la Legación belga en esta capital.

El ministro de Estado de Francia ha dirigido una comunicación á las potencias llamando la atención sobre las innumerables violaciones de las leyes internacionales cometidas por los alemanes, que han convertido en costumbres el saqueo é incendio de las aldeas.

—Sir Edward Grey, en carta leída en Berwich, dice que, pudiendo destruir el militarismo prusiano, vendrán días más libres y felices para Europa, que compensarán los grandes sacrificios que ahora se llevan á cabo.

El periódico polaco *Dziennik Petersburski*, publica con el título de «Barbarie prusiana», un artículo en que dice:

«Un batallón de Infantería y un escuadrón de Caballería prusianos entraron en Kalisz (Polonia) al segundo día después de la declaración de la guerra. Inmediatamente empezaron una requisita, con la arrogancia que es habitual en ellos.

Los vecinos tuvieron que ceder sus casas á los soldados. El primer día el comportamiento de éstos fué soportable. Después enviaron patrullas á practicar reconocimientos, teniendo algunos encuentros con fuerzas rusas y siendo derrotados.

Los prusianos que permanecieron en la ciudad se enteraron del fracaso y comenzaron á vengarse del vecindario de una manera salvaje.

El coronel ordenó que se le presentase el gobernador de la ciudad, Buhowinski, exigiéndole dinero. Como el gobernador se negara, fué golpeado á culatazos. Como uno de los criados del Gobierno viera á su jefe medio muerto, trajo un colchón para transportar al herido, pero los prusianos lo fusilaron en el acto.

El coronel, al ver que nada pudo obtener del gobernador, llamó al tesorero, Sakotof, y le dijo:

—Tráigame usted inmediatamente todo el dinero que haya en las arcas municipales.

Sakotof respondió:

—No tenemos dinero.

—Entonces traiga los libros de contabilidad.

Después de verlos, insistió:

—Debe usted tener en caja 200.000 rublos. ¿Dónde están?

—He aquí la orden disponiendo se quemen los billetes.

—¿Y usted los ha quemado?

—¡Sí!

—¡Fusíladlo!

Después llegó la vez á los criados, que estaban de uniforme.

El coronel les preguntó:

—¿Por qué visten ustedes ese uniforme?

—Por orden de V. E.

—¡Fusilen á los tres!

La crueldad de los prusianos no estaba aún saciada. Encarcelaron á las personas más notables de la población, eligiendo los polacos de apellido alemán, como Frenkel, Deiczmann y Millor.

De tal modo maltrataron á Frenkel, que murió. Deiczmann y Miller fueron encerrados en la cueva.

En fin, también prendieron al presidente de la Audiencia, M. Freland.

Se prohibió que enterraran el cadáver de Frenkel.

El martes, antes de ser arrojados de la ciudad, los alemanes disparaban sobre los transeúntes. Al atardecer evacuaron la población.

Además de la ejecución del diputado Klofac, los periodistas italianos expulsados de Viena, refieren la de Cingra, podestad de Ragusa y también diputado en el Parlamento austriaco, que, como su compañero de martirio, ha sido ahorcado secretamente en la cárcel.

Cingra era, seguramente, la personalidad más culta y más inteligente de los eslavos dominados por el Imperio. Sus ideas no podían ser gratas en Austria, y acaso se le hacía responsable de los acontecimientos de Ragusa, donde gozaba de extraordinaria popularidad, pero es lo cierto que inmediatamente después de estallar la guerra con Servia fué preso y sometido á los tribunales militares como reo de alta traición. Declarado el estado de sitio en todo el Imperio y en vigor las leyes de excepción, que confieren á la autoridad militar los más discrecionales poderes, el destino de Cingra no ofrecía dudas. Pocas semanas después fué condenado á muerte y ejecutado en el patio de la cárcel central.

Y no son estos solos los hombres políticos que están expiando en Austria el grave crimen de haber manifestado sus simpatías por los pueblos oprimidos. La lista, aunque incompleta por el sigilo con que proceden las autoridades, es ya muy numerosa.

El régimen terrorista domina en todas partes: en Bohemia, en Moravia y en todos los países eslavos meridionales. El gobernador militar de Bosnia ha puesto en vigor la ley de rehenes, en virtud de la cual han sido fusilados gran número de personas significadas por sus ideas políticas.

En Dalmacia han sido encarcelados rápidamente todos los elementos sospechosos de italianismo. Entre ellos figuran el profesor José Barroc, consejero municipal de Spalato; el doctor Macelliedo, miembro de la Dieta dalmata, y gran número de estudiantes del Instituto de Zaza, suponiéndose que habrán sido condenados á muerte la mayor parte.

En Serajevo, por orden de la autoridad militar, fueron fusilados Teodoro Rife, comerciante; el sacerdote servio Jorge Petronie, y Pedro Simic, ingeniero, acusados de alta traición.

En Neustatz fueron ejecutadas, en el espacio de ocho días, más 150 personas, entre las cuales había sacerdotes, profesores, médicos y comerciantes.

En la provincia fronteriza de Italia, del Friul, se hizo una verdadera matanza con el pretexto de la movilización militar, que, como es natural, ofrecía serias dificultades tratándose de reclutas de origen italiano, obligados á servir en las filas austriacas,

y en Trieste, aun cuando las autoridades no se atreven por el momento á proceder con descarada crueldad, extrémense las vejaciones y malos tratos contra los habitantes de la ciudad que son oriundos de Italia.

Al mismo tiempo que el Gobierno austriaco, fiel á la tradición despótica que tan dolorosa memoria ha dejado en todos los países sujetos á su dominación, extrema las medidas de rigor en el Imperio, en la capital, en Viena, cunde el desaliento, la preocupación honda y el temor colectivo ante las contingencias de la guerra.

Razonemos

Los que quisieran que rompiésemos la neutralidad, no se fijan, ó no quieren darse cuenta, de que los españoles *no sentimos* esta guerra. Y nación que se lanza á una empresa de esta clase sin que la idea de expansionarse la empuje, ó la de defenderse la decida, ó la de vengarse la mueva, lleva mucho adelantado para quedar mal, aun siendo superior en fuerza y recursos á aquella con quien combata.

Con que no digo nada estando como estamos, decaídos de ánimo, indiferentes á todo lo que no nos afecta personal é inmediatamente, sin dinero, con todos nuestros elementos militares en Africa, y habiendo fallecido hace ya tiempo nuestro invicto general *No importa*.

¡Valiente papel íbamos á hacer!

Abusando del nombre de Dios

No he visto sér más calumniado por los suyos que Dios. No hay mala pasión que no le atribuyan ni acto inícuo de que no lo crean capaz, siempre que á sus fines particulares conviene.

Ahora nos lo presentan ayudando á los enemigos del catolicismo para castigar á Francia, como si El, en el caso de que tal pensara, no pudiera hacerlo directamente y de un modo más en consonancia con su grandeza. Un ciclón bien orientado causa más destrozos que diez mil zepelines, y un terremoto de algunas pretensiones destruye triples edificios que un millón de bombas.

Pero aun admitiendo, por aquello de que sus destinos son inexcrutables, que Dios se valiera hoy de los protestantes para castigar á los católicos, quedaría siempre este punto oscuro:

Que había aguardado para decirse á ayudarles, á que ellos se hayan gastado miles de millones en mausers, artillería, municiones, for-

tificaciones, escuadras, globos y demás pertrechos de guerra, siendo así que, queriendo ayudarles, en cualquier forma que se lanzaran á la lucha, hubieran triunfado.

No hay mayor zoquete que un clerical.

Como no sean dos.

LA BEATA

Es el mayor anacronismo de estos tiempos. Porque estos tiempos son los del imperio de la lógica y de la razón, y nada más ilógico ni más irracional que las pretensiones de las beatas.

A Dios lo tratan como si fuera su *compadre*.

¿Sufren contrariedades que son consecuencia de su torpeza ó de su malicia en el obrar? Pues todo lo arreglan en una sarta de *Padrenuestros*.

¿Han perdido algún objeto de su estima? Pues lo encontrarán sin más que poner *cinco centimos* en el cepo de las ánimas benditas.

¿Tienen alguna hija cuyas mocedades van eclipsándose *infructuosamente*? Pues á Santa Rita con el cuento.

La verdad es que las beatas apenas dan *jaqueca* más que á una sola de las dependencias celestiales. El negociado de *reclamaciones*.

Pero hay que hacerlas justicia; no molestan para asuntos de poca *sustancia*. Al contrario, piden unas veces la salvación de sus almas, y otras dinero ó cosa que lo valga. Tocante á lo demás, déjanlo pasar sin *recurso de alzada*.

¿Que tienen un hijo imbécil?... El Señor lo habrá dispuesto así.

¿Que se les muere un hermano?... Así lo dispuso el Señor.

Pero no se muestran consecuentes en esta resignación ante las desgracias.

No hace mucho tiempo se quemó por completo la casa de una *beata*, cuyo *santo pellejo* por casualidad se libró del incendio; y cuando la pobre mujer pintaba con vivos colores su desesperación, un amigo mío la dijo con laudable mansedumbre.

«El Señor lo tendría dispuesto así.»

Tan pronto como hubo mi amigo terminado la frase, la humilde *beata*, hecha un *basilisco*, obligó á su interlocutor á poner tierra por medio.

También á mí me ha ocurrido una cosa así.

En mi presencia se fracturó un brazo una *gazmoña*, y yo pronuncié la frase sacramental. «Lo habrá dispuesto así el Señor.»

La observación me valió un tremendo latigazo que en nombre de Dios me dió la *beata* con el santo rosario, su eterno compañero, destinado á librería de incidentes desagradables.

Me aguanté por haber sido *sagrado* el golpe. Y respondí tan solo:

«¡Todo sea por la Santísima Trinidad!»

Las beatas no tienen tiempo que dedicar sino á ejercicios piadosos.

Pero sin *piedad*.

¿Es preciso allegar fondos para que el padre Gorgonio haga una función á la Virgen de los Dolores?

Pues allá va el dinero de la *beata*, siempre generosa cuando se trata de... ir adquiriendo un *abono* para la gloria.

ay que socorrer á los pobres?

«¡Los pobres!... ¡los pobres!... ¡canallas!... Unos son vagos de profesión, y peca quien alimiente sus vicios; y otros, realmente ancianos ó impedidos para el trabajo, deben ingresar en los asilos benéficos. Allá el Estado cumpla con su deber, que yo sé cumplir con el mío.»

—Los pobres son templos vivos de Dios, según dice la Sagrada Escritura, la objetan.

—Sí sí... Templos de desvenguenzas y de mal olor, con quienes tenemos que ir codeándonos por la calle, gracias al abandono de las autoridades.

—Repare usted, señora, que esta limosna es reclamada por la junta de damas nobles y que los periódicos van tomando nota de los donativos.

La *beata*, en vista de tal objeción, hace un buen donativo, invocando de paso la hermosura del ejercicio de la caridad.

Un periodista, testigo de la escena, sale diciendo:

«¡Bendita sea la *vanidad* cuando redunde en beneficio de los desgraciados!»

A una señora que me honra con su amistad preguntaba yo:

—¿Cómo es que viviendo en Madrid como usted á la *española*?

—Porque así me quedan libres la tarde y primeras horas de la noche para ir á las iglesias. Por cierto que hoy predicará en San Ginés el padre Lortosa. Váyase usted por allí á las siete y oirá una excelente oración.

—No, muchas gracias, no fumo.

Y menos mal cuando el fanatismo invade las altas esferas.

Entonces no es tan calamitoso como cuando acomete á la gente del *bronce*.

He conocido una *beata* de este rango, en cuyo domicilio nada estaba corriente.

Es decir, sí, corriente sí.

Corrientes y andantes campaban por sus respetos las chinches en la casa.

Y los gatos, que, á lo mejor, *escamoteaban* la comida.

Y las *aguas menores* de los *nenes*, que las hacían donde les *pillaba la hora*.

Lo que no estaba corriente era la ropa blanca.

Ni la negra.

Ni el puchero.

Ni nada de lo que debía estar arreglado.

El marido de la *beata* era un zapatero muy del *bronce*.

Y muy del *fresno*.

Porque tenía de *idem* una hermosa vara en previsión de ciertas necesidades.

Y ocurrió un día que, rendido de cansancio y de hambre el tal zapatero, entró en su casa y la portera le dijo que su mujer estaba en la iglesia.

Y aguardó el hombre á la mujer.

Y se cansó de aguardarla.

Y ella regresó á su casa dos horas después que él.

Y él, al ver que la vista, echó encima á su compañera la vara de *fresno*.

Y *ofició de batanero* en las costillas de la *devota*.

Y la *devota*, á cada golpe, invocaba á un santo.

Y yo no sé cuantos zurriagazos le daría el de la *obra prima*.

Pero me han dicho que no dejó de *oficiar* hasta que la *beata* hubo completado una *letanía*.

Que obró, por cierto, con gran eficacia, como tratamiento curativo de la *santurrona*.

No dejan de tener gracia algunas cosas de las *beatas*.

Hace poco tiempo presenciaba yo una *novena* á no sé qué santo.

A mi lado estaba una *beatorra* de esas que no pierden ripio en el *negocio* de la salvación del alma.

Se conoce que la *beata* no sabía de memoria la letra de la *novena*, y, tomadas al oído, iba repitiendo las palabras que pronunciaba el sacerdote.

Pero la infeliz incurrió en lamentables equivocaciones:

Vuestro santo...—decía el cura.

Y respondía la *beata*:—*Entretanto*...

Y continuaban:

—Poder...

—Poner...

—Ahuyente...

—Al corriente...

—Tome mal...

—Mi caudal...

No pude oír más. Cuando la *beata* hubo dicho, *entretanto*, poner al corriente mi caudal, salió del templo á soltar en la calle la carcajada.

MELITÓN

Entre beatas

D.^a Rosa lee el diario.

«Los alemanes no respetan á las mujeres, violándolas y forzándolas brutalmente.

»Los ingleses han encarecido mucho á los soldados, que no se dejen tentar del vino ni de la mujer.»

Luisa, (soltera de 35 años).—Deseo ardientemente la invasión alemana.

Pep ta.—Yo prometo ser neutral.

Quintina.—Cada día me siento más germanófila.

Consuelito.—Pidamos á Dios que nos envíe alemanes.

Bibliografía

La Sociedad Editorial PROMETEO acaba de publicar los dos primeros tomos de *Las mil noches y una noche*, el gran monumento imaginativo de los cuentistas orientales. Es una obra completamente desconocida en España, traducida literal y directamente del árabe por el doctor Mardrus y vertida al español por V. Bascó Ibáñez, nuestro ilustre novelista. No existe relato novelesco que pueda compararse en gracia, interés y desenfado con esta obra de una originalidad insuperable. Gómez Carrillo, el exquisito cronista, ha puesto un hermoso prólogo á esta edición española. Su lujosa presentación editorial compite con todo lo publicado por las mejores casas extranjeras. A pesar de los gastos que suponen los derechos de traducción exclusiva, ilustración y demás coste de estos volúmenes, se venden los tomos á una peseta en las principales librerías y en la Casa editorial, Germanías, F. S. Valencia.

Libros á mitad de precio
hasta fin de Septiembre

Poesías festivas
anticlericales

PRECIO: 1 PESETA

EL DINERO DE LA IGLESIA

POR

ROBERTO ROBERT

llos tiempos que hoy se llaman bárbaros, fué causa de que en todas partes se fundasen ermitas, capillas, iglesias, casas de oración, conventos donde todo el mundo olvidaba las miserias de la tierra, rezaba, comía y bebía y auxiliaba á los moribundos, recordándoles siempre que debían mandar hacer bien por su alma.

La Iglesia era el alma de la sociedad.

Cada uno tenía buen cuidado de salvar su alma; para esto procuraba dejar sus bienes á la Iglesia, y por eso se salvaban entonces de todo peligro las sociedades, y muy especialmente la sociedad española.

Tal era en aquellas dichosas edades el deseo de llegar pronto al cielo, que hombres y mujeres, así en buen estado de salud como en peligro de muerte, discurrían qué cosa podía serle más grata á la Iglesia para regalársela en seguida.

El amor al cielo llegó á producir una especie de mística embriaguez.

La Iglesia lo agradecía; pero casi ya no podía abarcar todo su tesoro. Sin duda para aliviarla de los penosos cuidados de la administración de los bienes de pobres, las leyes civiles quisieron prestarle su auxilio en ciertas ocasiones y dispusieron que el hombre estando enfermo no pudiese dar más que la quinta parte de su haber á la Iglesia, por el cuidado de salvarle de las penas eternas.

Pero aun así rebosaban las arcas eclesiásticas.

Parece que en algún tiempo quien tenía ganados ó colmenas pasaba buena vida material; pero no lo pasaba mejor que el clérigo: porque el refrán de la época, para dar á entender qué cosa era más lucrativa, decía:

Igreja, oveja y abeja,
pide para su hijo la vieja.

A veces era lícito dar hasta la mitad de los bienes muebles y de las tierras.

Lo que no era lícito era no dar nada á la Iglesia al morir, y en algunos fueros se disponía que si un hombre incurría en la torpeza ó el olvido de no dar nada por la salva-

ción del alma, se tomase la Iglesia la quinta parte de lo que hubiese poseído el difunto.

Hasta el pícaro y el desmemoriado se salvaban á pesar suyo.

Y estaría el demonio, espera que te espera, creyendo que iba á coger el alma, la tendría ya acaso entre las manos, y en aquel momento, apoderándose la Iglesia del quinto de la herencia, escaparía la presa como alma que lleva el diablo... no: como alma que lleva la Iglesia.

Esta disposición de dejar á la Iglesia el quinto forzoso, la adoptaron muchísimos pueblos, entre ellos Salamanca, cuyo fuero dice además:

«XXXII. Todo ome que pasar de este sieglo, mande por su alma un cavallo ó la mejor bestia que ovier con sus armas.»

¡Mandar el caballo ó la mejor bestia por el alma!

Y contribuir cualquiera á la salvación de un alma, dando un caballo ú otra buena bestia después de muerto el pecador, es privilegio especial de la santa religión que á tanto hereje ha salvado y quemado en nuestra patria.

Habilidad y poder semejante, por fuerza habían de atraer á la Iglesia todo el dinero de los espectadores.

El privilegio de asilo en la iglesia era tan sagrado, que después que un ladrón se amparaba de ella, el que se atrevía á prenderle pagaba una multa en castigo de su temeraria osadía.

Tan sagrado era en aquel sitio el asesino como el hombre más inocente; por esto la malicia de los hombres ideó esperar cerca de la iglesia á cualquiera á quien se tratase de dar muerte, y así en cuatro saltos se ponía el matador en lugar seguro.

Y con los dineros y los privilegios de la Iglesia crecían al par los honores de los eclesiásticos.

El prior de San Vicente de Salamanca, además de su señorío, tenía el privilegio de ser regidor perpetuo, y debía asistir al Consejo armado y ginete en una mula adornada de ricos arreos.

En un mismo Código, el de Salamanca, ya citado, se encuentra que por matar á un siervo se pagaban cien sueldos al señor.

Por herir á un moro se pagaba un maravedís.

Por herirlo con hierro, once maravedís.

Por matar un perro ajeno en viña propia, cinco sueldos.

Por herir á un vecino de la ciudad, diez maravedís, y si fuere en su casa, veinte.

Por matar un podenco ó un perro de ganado, dos maravedís. (El doble que por herir á un moro).

Por herir á un clérigo, trescientos sueldos.

Y por denostar al obispo, cien maravedís.

Esta breve tarifa da lugar á fecundas reflexiones que puede hacer cada cual, comparando el valor y la importancia relativas entre bestias y personas.

La Iglesia no tenía que andar entonces ocupándose en vanas disputas sobre miserables intereses mundanales.

Los hombres del siglo, no sólo sabían lo que tenían que darle por obligación, sino que, como ya hemos dicho, discurrían de continuo lo que podían añadir á su cuota fija.

Esta estaba bien fijada en todas partes, y cada fiel la sabía de memoria.

Del pan, del vino, de los granos, de los ganados, de todo se pagaba diezmos y primicias á la Iglesia, que en cambio echaba sus bendiciones con toda liberalidad á criaturas, á irracionales, á ríos y peñas, á todo lo del mundo.

Y como por ejemplo, de un potro ó de un becerro no se podía dar diezmo ni primicia á la Iglesia, en vez de matar la bestia y pagar de ella una décima parte, se discurrió el modo de pagar un equivalente.

Todo era pagar.

En efecto, habría parecido cosa fea dividir un jumentillo recién nacido en diez partes, y llevar una á casa del obispo, que ni habría podido comerla, ni venderla, ni aprovecharla para nada.

Así, pues, se arregló que al que le nacía un potro ó un muleto, pagase á la Iglesia, por ejemplo, un sueldo, en cuyo caso pagaba seis por un becerro.

De este modo, si el potro ó el becerro morían de enfermedad, la Iglesia ya había cobrado, y no se defraudaban las esperanzas de ninguna alma.

En cuanto á dar, á pagar contribución y cosas así, la Iglesia ni daba ni pagaba.

Lo que caía en sus manos era de los pobres ó de las almas.

Y no era solamente en España donde la Iglesia iba acumulando tesoros de virtud, de saber y de oro y plata, sino en todo el orbe católico. El dinero brotaba bajo sus plantas.

Cuanto más huía la Iglesia de él, más él se le acercaba.

¿Había buena cosecha? Pues llo-

vían sobre el clero los regalos, las dádivas, los frutos del agradecimiento á sus oraciones.

¿Había mala cosecha? Pues todo era dar á la Iglesia para que aplacase las iras del cielo y cesara el castigo de la divinidad irritada.

¿Reinaba la paz? Pues el contento y la satisfacción de los fieles se mostraba haciendo presentes á la Iglesia.

¿Se alzaba guerra? Pues el terror del presente y el ansia de que renaciase la bienandanza se mostraban por medio de donativos á la Iglesia.

Reyes, emperadores, villanos, menestrales, todos daban... menos los clérigos.

Los pobres no tenían nada que dar.

..

De Anon, obispo de Colonia en la segunda mitad del siglo XI, se cuenta que recibía donativos de Grecia, ó Inglaterra, Dinamarca y Rusia le rendían homenaje.

Y no se crea que los daneses, rusos, ingleses y griegos que enviaban riquezas á Anon dejasen de dar en sus respectivos pueblos: no.

Sobraba para todos los cleros, porque sobraba la voluntad de dar, y no era como hoy, que por mil reales más ó menos se escandaliza á un párroco, y se le regatean los latines y los cirios, los paños y los gorigoris, dejando el pago del funeral en suspenso, y por consiguiente expuestas las almas de los finados á los cierzos de Diciembre y á los ardores caniculares.

..

Aun cuando se hubiese perdido todo inventario, dato y memoria de las riquezas de la Iglesia, nos daría idea grande, aunque no cabal de ellos, el Ordenamiento de Alcalá cuando dice:

«Establescemos é mandamos que todos los *Thesoros*, é *Reliquias*, é *Cruces*, é *Vestimentas*, é *Cálices de plata*, é *Encensarios*, é otros *thesoros* que sean dados á los *Monesterios* por limosna ó por onrra de los *Reys*, é *Reynas*, é de los *Infantes*, é por todos los *Ricos-omes*... que esto sea guardado, é también las *Imágenes* que fueron fechas en plata ó sobre doradas, é con piedras preciosas, que ninguno non sea osado de ser contra aquel ornamento, nin tirar ninguna cosa dello; é el que lo ficiere que lo maten por ello; é todo lo que así fuere vendido ó empenado, tórrenlo á la Iglesia donde lo sacaron, sin prescio ninguno...»

Y no sólo da grande idea, como dijo antes, de la riqueza de la Iglesia entonces verdaderamente triunfante, sino del celo con que procuraban los reyes y altos prelados que

esa riqueza no se descabalara por ningún concepto.

¿Entonces era ocasión de hacer los inventarios del tesoro eclesiástico, y no ahora que apenas representa sombra de lo que ha sido!

..

¡Pero si todo, todo era guano para la Iglesia!

Roma cobraba las annatas en otro tiempo más dichoso.

Cada annata era el producto de una anualidad de todo beneficio.

El piadoso Pontífice Juan XVII inventó ese recurso financiero, y el piadosísimo Bonifacio IX lo restauró, perfeccionó y consolidó, y cierto que el 3 por 100 consolidado de hoy no vale una mínima parte de lo que valía aquello.

Sucedía á veces que en un abrir y cerrar de ojos se declaraba vacante una docena de beneficios, y los buenos levitas llegaron á pagar hasta la esperanza de poseerlos.

Muchísimos acudían á ofrecerse como meritorios para ocupar las vacantes, y todos pagaban con una puntualidad y una exactitud admirables.

..

¿Pero y las penas pecuniarias? A cada paso se condenaba á multas, de cuyo importe percibía una parte el obispo.

Esa parte era muchas veces la mitad.

¿Y las confiscaciones de bienes?

Los bienes de los herejes eran confiscados, y por el mero hecho de ser herético el poseedor, no debían pasar á sus herederos.

..

Los hijos del hereje quedaban en la miseria, á fin de que se cumpliesen los altos designios de Dios que así lo había mandado; porque consta en documentos auténticos que el Dios de las misericordias no se contentaba con que su venganza alcanzase al culpable, sino que debía coger también á toda la raza.

Así se lo oyó decir la Iglesia, su esposa, en una conversación que tuvieron sobre este particular: *secundum divinum iudicium, filii pro patris temporaliter puniantur, et iuxta canonicas sanctiones, quando que feratur ultio, non solum in autores scelerum, sed etiam in progeniem damnatorum.*

..

Y *non solum* se mostró en esto la Iglesia guardadora y fiel intérprete del divino juicio, sino que movió en favor de éste el celo de los fieles, dando á éstos todos los bienes de que por su cuenta despojase á los herejes y reconciciéndoles su propiedad como una de las más legítimas.

Así en ciertas temporadas en que los padres de familia no podían ganarse la vida en su oficio, se dedicaban á despojar herejes, y ¡qué diantre! todo el mundo pelechaba.

..

¡Pelechaba he dicho!... debía decir: estaba en auge, florecía, granaba, fructificaba.

La humilde ermita hecha de paredes de fango y cubierta de techo pajizo, daba al principio inseguro é insalubre albergue al macilento solitario; después se convertía en capilla de cal y canto, con un cepillo de ánimas y un altar dotado de un tenue chorrito de indulgencias; más adelante se iba prolongando, ensanchando, levantando, dilatando, extendiendo, nutriendo, fortaleciendo, solidando; sus agujas llegaban al cielo; sus cuevas profundizaban la tierra; contenía oro, plata, joyas, imágenes milagrosas, exvotos, cera, casullas ricas, dádivas de todo el mundo; entonces era una ilustre parroquia, una célebre abadía, con anchos claustros, con numerosas celdas, con espacioso refectorio, con asombrosa bodega, con inagotable granero... Todo de los pobres.

..

A principios [del siglo IX... ¡cuidado si ha pasado tiempo desde el siglo IX!

Pues bien, á principios del siglo IX, la abadía de San Germán de los Prados en París, poseía... digo mal, administraba lo siguiente.

Veintidos mil doscientas hectáreas de tierra de labor.

Cuatrocientas veintinueve hectáreas de viñedo.

Quinientas cuatro hectáreas de prados.

Noventa y dos y media hectáreas de pastos.

Una y media hectáreas de pantanos.

Ciento noventa y siete mil novecientas veintisiete hectáreas de bosque.

Es decir (en números) 221, 187 hectáreas de propiedad, que le producían una renta anual de dos millones, quinientos treinta y dos mil novecientos cuarenta y cuatro reales.

Dígase si esto no es una bendición; si no se ve en esto el favor especial con que la Providencia mostraba tener en la memoria á los pobres que se dejaban administrar por amor de Dios.

..

De la prueba de que existían esas riquezas en poder de la abadía de San Germán de los Prados, quedan

(Continuando).

IMPRENTA ARTÍSTICA DE SAEZ, HERMANOS.
MONSERRAT, 7.—MADRID.